

Al amor de los platos y botellas,
Y hecho un tremendo Oréstes,
Hubo de irse á las tres, lanzando pestes.

Así, lector, aunque me cueste pena,

Debo por fin decillo:

Al acabar la cena,

Juró darse por muerto el Parnasillo.—



LA NOCHE-BUENA.

Si la naturaleza se regocija día por día cuando tras la noche aparece el sol, ¿cómo no deberá regocijarse la humanidad al contemplar el Sol de libertad y de justicia que apareció tras noche larguísima de esclavitud y de pecado? Por eso canta la Iglesia:

“Palpitad de alegría ¡oh colina de Sion! ¡Hijos de Jerusalem, revestíos los vestidos de fiesta y entonad nuevos cantares! ¡Levantaos, Jerusalem, y sacudid el polvo del cabello; romped la cadena atada al cuello; alzaos, que el Salvador llegó! Fuisteis vendida y el Señor os rescata: cantad, Jerusalem!—Dijo el Señor: Asuero oprime al pueblo; la injusticia y la crueldad pesan sobre él, y yo he de libertarle. Otras veces yo hablaba, y ahora.... vedme aquí.—La abundancia y la paz se levantan con el día del Señor.”

¿Pero qué sol es ese que asoma en el horizonte de la humanidad? ¿Quién es ese recién nacido que inspira tales cánticos de alegría á la Iglesia? Oigamos de nuevo á la Esposa de Jesucristo.

“El Señor que ha nacido, se llama Admirable, Príncipe de la Paz, Padre de los siglos futuros. El reino del Señor no tendrá fin. ¡Bendito aquel que viene en el nombre del Señor! Dios, el Santo, el Fuerte, el Inmortal, hoy nos aparece.—Cielos, entonad cánticos de alabanza: tierra, alegraos, que el Señor tuvo piedad de su pueblo y le consuela.”

Estas son algunas de las palabras de la Iglesia cuando celebra año tras año el nacimiento del Salvador. Y la alegría que impera bajo las altas bóvedas de los templos,

se hace extensiva á las ciudades, á las aldeas, á la choza mas humilde. Anúnciala en las ciudades la voz sonora de las campanas á media noche, y en el campo la difunden los cánticos piadosos de las gentes sencillas y buenas.

¡Qué hermoso tiempo es este! En nuestro pais no hay la costumbre de guardar en los antiguos castillos el tronco de árbol llamado de Navidad, que arde en la chimenea durante la misa y la cena, y cuyo brillo se apaga únicamente á los resplandores del alba de Pascua. Esta costumbre, que aun es observada en algunos lugares de Francia, no puede ser imitada en México, donde ni tenemos castillos, ni el clima permite que se enciendan las chimeneas. Aquí no se cubre el suelo de nieve como en Europa durante el invierno; pudiéramos decir que el cielo está mas despejado y sereno que en el estío, y que el único estrago que se nota es la falta de hojas en los árboles: hay flores de invierno, hay pájaros que cantan en el invierno, hay piadosas alegrías que solo en el invierno vienen á conmovernos: una de estas piadosas alegrías es seguramente la de Noche-buena. ¡Cómo nos regocija á la hora de media noche el repique general de las campanas armoniosas de México! ¡Cuánta gente inunda las calles bañadas por la luz de la luna de Diciembre! ¡Qué espaciosa se ve la plaza y cuán altas las torres de la catedral! Y luego, en el interior de aquel templo vasto y sombrío, magnífica obra de nuestros antepasados, cómo agrada oír los cánticos religiosos de Noche-buena! ¡Cómo se pierde casi la voz de los sacerdotes en ese bosque de columnas y de altares!

Personas algo menos piadosas se entregan á los placeres de la mesa: la cena de esta noche de alegría debe tener lugar á las doce; reúnen las familias, y al rededor de los manjares y del vino se estrechan los lazos del pa-

rentesco, la amistad y el amor; recuérdanse los años anteriores, y formúlanse votos por la felicidad de los años futuros. Entretanto, el silencio y el sueño no imperan esa noche sobre los vecinos de la capital: óyese un ruido sordo y continuo, formado por las mil y una voces de las personas que conversan, cantan ó rien: las calles están llenas de transeuntes, y por el rumbo de Corpus-Christi hay multitud de puestos de comestibles, por entre los cuales se pasean todas aquellas gentes que tratan de pasar la noche en vela, por solo el gusto de decir al dia siguiente "no me acosté anoche."

Es imposible que el tiempo de Noche-buena deje de despertar en todos los corazones cristianos el recuerdo de la infancia y de la juventud, asociado al recuerdo del lugar donde nacimos. ¡Qué alegría ha sentido uno cuando era niño y, al recorrer el huerto de la casa paterna, vió que se abrian ya las primeras flores de Pascua, ó sea las dahalias silvestres! Muchos dias antes habian venido á visitar nuestros sueños la perspectiva del *nacimiento* y del *aguinaldo*, la asistencia á la misa de gallo y las dulces horas de asueto que nos daba la maestra de amiga quitándose los anteojos, haciendo á un lado la disciplina, y deponiendo toda seriedad con los discípulos. Veíamos en las primeras horas de la noche, agitadas por el viento de Norte, las farolas de diversas formas que, desde el extremo de una vara y elevadas á mucha altura sobre los techos, indican en las ciudades cortas el lugar donde hay un *nacimiento* que ver, á semejanza de la estrella que condujo á los magos al humilde portal donde nació el Salvador de los hombres. ¡Pero dónde volveremos á hallar el encanto de aquellas *pastorelas* ejecutadas en el seno de las familias y á cuyos actores conociamos por sus nombres, lo cual no impedia que creyésemos salido del cielo

el cántico de "Gloria in excelsis Deo" y que nos asustase realmente la tremenda voz de Satanás! Los pastorcillos se han convertido tal vez en hombres de Estado, y siguen desempeñando el papel que les fué impuesto en la comedia humana; muchas de las tiernas pastoras son hoy madres de familia: unos son felices, otros son desgraciados, pero todos ellos dejaron de ser niños hace ya mucho tiempo y llevan adelantado largo trecho en la carrera de la vida. No queremos hablar aquí de los que han bajado al sepulcro; los compañeros y los amigos de la infancia no mueren jamas en nuestra memoria.

En las poblaciones cortas es, sin duda alguna, mucho mas animada la festividad de Noche-buena que en las grandes capitales: los lazos de amistad que unen á las familias son mucho mas estrechos y sinceros, al menos cuando las pasiones políticas no han derramado su veneno, ni sustituido los clubs á las alegres y honestas reuniones de la juventud de ambos sexos: allí se improvisan bailes llenos de animacion y de buen humor, y se procura acortar las largas horas de las últimas noches de Diciembre.

La misma alegría reina por lo comun en el campo. El mas infeliz proletario no deja de adornar con flores en esta festividad las imágenes santas, ahumadas por la leña que arde continuamente en su choza; es muy general que las familias de los hacendados ejecuten *pastorelas*, y entonces acude á presenciarlas toda la gente del campo de muchas leguas á la redonda. Pudiera aplicarse á la parte mas ignorante, aunque piadosa, de nuestros campeños, lo que el escritor norte-americano Washington Irving dice, hablando de las costumbres inglesas: "Algunas gentes creen que en la época en que se celebra el nacimiento del Salvador, el pájaro de la aurora canta toda la no-

che; que los espíritus malignos no se atreven á salir de sus antros; que las noches son tranquilas; que los planetas no ejercen su aciago influjo, y que las brujas y hechiceras no pueden ejercer sus sortilegios: tanta así es la santidad de esta época, llena toda de la gracia del Todopoderoso."

A causa de los recuerdos que la Noche-buena trae consigo para todos los corazones, tal parece que nos rejuvenecemos cuando llega; tal nos parece volver á la edad de la inocencia y de los juegos. El tiempo, sin embargo, nos va alejando mas y mas de aquellos dias; el corazon ha perdido acaso su frescura al contacto del mundo, y si la suerte nos ha sido contraria, obligándonos á vivir separados de nuestros padres y hermanos, se necesita el metal de una voz amada que nos anime en el seno de una sociedad indiferente y apartada de nuestra tierra natal; se necesita toda la alegría de la Noche-buena para que una nube sombría no nos venga á entristecer el alma.

¡Hermoso tiempo es éste! Tarde sale el sol por las mañanas y se pone muy temprano en el horizonte; pero las descomposiciones de la luz en el nacimiento y ocaso de aquel astro, así como el cielo azulado y sereno en que campea, no se ven ni en los dias mas hermosos del estío. Así Dios, por un especial favor á los habitantes de nuestro clima, ha querido que los pobres no sufran los horrores del frío, ni las campañas los estragos de la nieve en la época de Noche-buena; ha querido que la naturaleza se adorne con sus mejores galas á fin de que el brillo y la animacion de los objetos exteriores, aumenten el júbilo que debe sentir todo corazon cristiano al conmemorar el NACIMIENTO DEL SALVADOR.

HIMNO

AL NACIMIENTO DEL NIÑO DIOS.

CORO.

“Aromas se quemén de plácido olor:
Delante del Niño derrámense flores:
Adórenle reyes y pobres pastores,
Y cantos entonen al Dios salvador.”

Son bellísimos tus ojos,
Y rizado tu cabello,
Como alabastro tu cuello,
Pura tu boca infantil.
¡Qué agraciados son tus brazos!
Tus manos ¡qué delicadas!
Suavísimas tus miradas
Como las auras de Abril.

CORO.

“Aromas se quemén, &c.

Acostado sobre yerbas,
Estás ceñido de fajas,
Tú que el orbe desenajas
En las horas de furor.

¡En dónde apagaste el rayo?
¡En dónde dejaste el trueno?
Amor te acostó en el heno,
Te ha desarmado el amor.

CORO.

“Aromas se quemén, &c.

Juega en tu boca preciosa
Cierta inocente sonrisa,
Cual suele jugar la brisa
Con el botón de la flor.
Mas una lágrima pura
Miro rodársete ¡oh Niño!
¡Es el llanto del cariño,
O es el llanto del dolor!

CORO.

“Aromas se quemén, &c.

Tu linda y cándida Madre
Te dá besos y te mira,
Y te acaricia y suspira,
Pensando en Getsemaní.
Abrazate conmovida,
Y llora, y vuelve á los besos,
Al contemplar los escesos
De tu pueblo contra tí.

CORO.

“Aromas se quemén, &c.

Si los ángeles volando
Pasan de estrella en estrella,

HIMNO.

Una criatura tan bella
 No han de poder encontrar.
 Desde tu rubio cabello
 Hasta tus gloriosas plantas,
 Eres hermoso y encantas
 El cielo, la tierra y mar.

CORO.

"Aromas se quemen, &c.

Mirad á ese pequenuelo
 Que tiene atadas las manos;
 Pues á griegos y romanos,
 Y al orbe dominará.
 Los héroes y los monarcas
 Son insectos á su lado;
 Y sobre el cielo estrellado
 Los luceros pisará.

CORO.

"Aromas se quemen de plácido olor:
 Delante del Niño derrámense flores:
 Adórenle reyes y pobres pastores,
 Y cantos entonen al Dios salvador."

MANUEL CARPIO.

FIN.

Tomada de razon
 DISCURSO SOBRE LA ESCELENCIA

DE LA

RELIGION CATOLICA

OPUSCULO

DEL CARDENAL DE LA LUZERNE

TRADUCIDO POR

JOSE MARIANO DAVILA Y ARRILLAGA

PRESE. DEL OBISPADO DE MICHOACAN



MEXICO

IMP. DE ANDRADE Y ESCALANTE

Calle de Cadena número 13

1858